



VI

LOS MÉTODOS DE LUCHA

1

Los métodos de la revolución boliviana son los métodos de la revolución proletaria. No solamente se trata de que los métodos de lucha se encuentran subordinados a la finalidad estratégica, sino de que aquellos reaccionan sobre la finalidad última de la lucha y la condicionan, en cierta manera. No todos los métodos de lucha conducen a la toma del poder por el proletariado, algunos (colaboración clasista, parlamentarismo, economismo, ministerialismo, foquismo, etc.) apartan a las masas de esta finalidad y pueden convertirse en el más grande escollo de la revolución.

Además de los métodos propios del proletariado, en cuya base se encuentran la movilización y la acción directa de masas, están aquellos otros de los que se apropia la clase revolucionaria a lo largo de su lucha y que fueron utilizados por las masas no proletarias en el transcurso de nuestra historia (el parlamentarismo y la guerrilla, por ejemplo). La clase obrera impone sus métodos de lucha y de organización a las masas que se incorporan a la lucha y cuando se da el caso de que se apropie de los utilizados por las otras clases sociales, los modifica profundamente.

La acción directa de masas quiere decir que los explotados toman en sus manos la solución de sus problemas e inclusive de los nacionales. La huelga general -política por significar la lucha de clase contra clase- sigue siendo el más poderoso método de lucha propio del proletariado. Es absurda la pretensión de algunos grupos ultraizquierdistas de imponer a las masas determinados métodos de lucha, partiendo únicamente de la consideración de que ellos se han entrenado para su adecuada utilización o de que se encuentran incluidos en los textos clásicos del marxismo. Los métodos de lucha son genuinas creaciones instintivas de las masas en su actividad cotidiana y obedecen a determinadas necesidades históricas.

El partido revolucionario no escribe recetas sobre la utilización de determinados métodos de lucha sino que asimila y generaliza lo que hacen las masas al respecto; puede cumplir esta labor porque vive enraizado en el seno de los explotados.

La vigencia o no de determinado método de lucha depende de las condiciones políticas imperantes en determinado momento y del propio desarrollo de la clase obrera. Constituye el mayor de los equívocos el pretender que un cierto método de lucha tenga validez universal y reducirlo a una abstracción que puede aplicarse no importa en qué condiciones. Este ejercicio propio de los intelectuales no interesa a la clase obrera que al margen de tales especulaciones vuélca toda su experiencia adquirida con el empleo de determinados métodos de lucha y cuya vitalidad se demuestra porque corresponde a la evolución política de la clase. La experiencia nacional e internacional enseña que las masas, en condiciones de extrema tensión de la lucha de clases, tienen gran capacidad creadora en este terreno, sacan de sus entrañas los métodos adecuados para la acción en determinado momento sin esperar el consejo de los intelectuales. De una manera general, todos los métodos de lucha creados por las masas son patrimonio del proletariado, están incluidos en su arsenal, lo que no quiere decir que puedan ser utilizados cuando así se les ocurra a algún líder de buena voluntad y de mucho entusiasmo, como si se tratase de una actividad deportiva. El partido revolucionario debe permanecer atento a lo que hagan las masas en materia de adopción de los métodos de lucha y no debe descontarse de que sean creados otros en el calor de la lucha y se introduzca modificaciones en los ya existentes.

2

El Partido Obrero Revolucionario descarta la posibilidad de la transformación pacífica y gradual del capitalismo en socialismo y este criterio aplica a todos los países inclusive a aquellos que ostentan una democracia burguesa formal desarrollada. En la esencia del paso de una sociedad a otra se encuentra la revolución social cuyo punto culminante es la resurrección y ésta no tiene nada que ver con la acción parlamentaria ni con el entendimiento o la deliberación entre las clases sociales antagónicas, sino que es la expresión de la política proletaria por métodos militares; ocioso insistir acerca de que importa la síntesis y el punto más elevado de la violencia revolucionaria.

El POR denuncia al pacifismo pequeñoburgués, que reiterativamente repudia a la violencia en general, venga de donde venga, como a instrumento que utiliza la clase dominante para desarmar a los explotados y entregarlos maniatados a los organismos de represión. Enseña a responder con la violencia revolucionaria -y a usarla debidamente- a la violencia reaccionaria.

La evolución prepara la revolución y la lucha por las reformas, dentro de la línea del Programa de Transición, debe permitir a las masas encaminarse hacia la conquista del poder.

La lucha armada es una manifestación de la acción directa, siempre que se tome en consideración la lucha armada de la clase, de la masa, de sus organizaciones y no de grupos activistas organizados ex profeso para tirar bombas y que pretenden sustituir a la clase. La lucha armada, del mismo modo que los demás métodos de lucha, no puede tener vigencia en cualquier momento su adecuada utilización, es decir, conforme a los intereses superiores de la revolución, depende de precisas circunstancias políticas. No debe olvidarse que tienen que ser las masas las que maduren y se organicen para recurrir a la lucha armada.

La lucha armada tiene muchas formas de exteriorización y una de ellas es la guerrilla, que se justifica y adquiere sentido si es la acción de las masas explotadas. La guerra irregular puede emplearse como auxiliar de la lucha de otras organizaciones de masas o adquirir preeminencia sobre otros métodos. Es la respuesta de los explotados cuando se ven obligados a librar una larga lucha contra un enemigo poderoso y superior a ellos en los aspectos bélicos.

La lucha armada, como todos los aspectos de la actividad social, tiene que estar supeditada a la política del proletariado concentrada en el Partido Obrero Revolucionario. Los cuadros de combate partidista están llamados a constituirse en la columna vertebral de la organizaciones de combate de la clase. La lucha armada en sus múltiples manifestaciones, al margen de la vanguardia del proletariado, puede diluirse en escaramuzas y perder la perspectiva de los objetivos de la clase al no estar referida a la estrategia proletaria.

3

Si tenemos en cuenta que la conquista del poder político será consecuencia de la insurrección y que el ascenso revolucionario desemboca en ella, es claro que los explotados tienen el deber elemental de armarse y constituir sus propias organizaciones de combate. También en este terreno tiene que partirse de la rica experiencia de los trabajadores al respecto y asimilar debidamente las enseñanzas que de ella se desprenden. La clase obrera boliviana se ha estructurado alrededor de ideas políticas revolucionarias y una de ellas enseña la necesidad del armamento de los trabajadores y de la constitución de organizaciones militares en el seno de los sindicatos. El proletariado boliviano se ha armado (no debe olvidarse que después de abril de 1952 él y los campesinos eran los monopolizadores de las armas en el país) y ha sido desarmado una y otra vez, ha participado en refriegas y batallas con las fuerzas del ejército y la policía.

El punto central de la cuestión es político y no técnico (entrenamiento en el manejo de las armas, en la forma de ocultarlas, de organizar destacamentos de combate, etc.), este último es simplemente accesorio. La clase obrera se armará cuando esté políticamente convencida de que debe hacerlo y que es uno de los caminos que debe recorrer para llegar al poder. Ya sabrá encontrar los medios de materializar esa consigna, en la medida en que se acentúe su movilización y el propio desarrollo de los acontecimientos le plantee el problema en términos de urgencia ineludible. Como se ve, la cuestión tiene

que formularse como el resultado de la elevada politización, del alto grado alcanzado en la evolución de la conciencia de clase.

Una cosa es el armamento de la clase y otra del partido revolucionario. Hay tendencia a creer que el armamento partidista es ya el armamento de las masas. El Partido Obrero Revolucionario tiene la obligación de armarse y esto en todas las épocas con miras a estar debidamente preparado para actuar en los momentos insurreccionales y en operaciones previas a ella.

El arsenal natural de las masas es el ejército. El armamento del pueblo se presenta, como consecuencia de la influencia ejercida por la propaganda y el ejemplo de los grupos foquistas, como una acción exterior a ellas, como una dádiva venida de algún país foráneo, esto quiere decir que el armamento de las masas se formula de una manera artificiosa o por lo menos mecánica. La cuestión central no es tener que repartir indiscriminadamente las armas, sino saber qué combatientes políticamente aptos la recibirán.

4

Aparentemente -sólo aparentemente- el ejército es una unidad granítica y solamente hasta cierto punto funciona la verticalidad de su estructura y su disciplina. Vive en medio de la lucha de clases, de las pasiones políticas y sufre las presiones de los dueños del poder y de los trabajadores que luchan por libertarse de la opresión de la clase dominante criolla y del imperialismo, éste último influencia en gran medida sobre la estructura de las fuerzas armadas, desde el momento que tiene parte decisiva en su formación, en su avituallamiento, etc.

El ascenso revolucionario actúa como una fuerza disolvente sobre el ejército. La agudeza de la lucha de clases y la radicalización de las masas abren la posibilidad de fisiónomizar y ahondar las diferencias sociales dentro de las fuerzas armadas, de politizar a sus capas más bajas y más amplias. No se trata simplemente de lanzar algunas consignas acerca de la necesidad de que soldados, clases, suboficiales y jóvenes oficiales se sumen a la revolución o de hacerles llegar ocasionalmente panfletos, el trabajo tiene que orientarse a formar células poristas en el seno mismo de la ciudadela represiva de la reacción. Este trabajo político tiene que estar a cargo del partido y, de igual manera que en los otros sectores sociales, solamente él puede educar debidamente a los elementos y capas castrenses que sienten inclinación por la lucha revolucionaria y son ganados por ella.

No catalogamos a todos los componentes del ejército como contra-revolucionarios, sino a su alta jerarquía, a los jefes y oficiales que están en la cumbre del mando militar, que se han enlodado en la inmoralidad y en el latrocinio y viven de las migajas que les arroja el imperialismo, repudiamos a los que conscientemente sirven a los enemigos de Bolivia y de las masas; pero sabemos perfectamente que la mayoría del ejército está umbilicalmente vinculada con las masas explotadas, con los obreros y campesinos, compuesta por los soldados, los clases y los suboficiales. Estos elementos tienen que, ser ganados para la revolución, tienen que pasar a nuestras filas y lo harán con sus armas.

Los jóvenes oficiales, la mayoría de los que han sido educados en el Colegio Militar, sienten una natural preocupación por resolver los problemas nacionales, por evitar que el ejército siga enfrentándose con las masas populares, para servir mejor a los verdugos de los bolivianos y a los saqueadores de las riquezas nacionales, por esta razón son permeables a la propaganda y acción revolucionaria, pueden ser ganados por el programa del Partido Obrero Revolucionario. Un trabajo paciente, clandestino y sistemático en este sentido debe ser desarrollado en todas las épocas, La profundización de la lucha de clases permitirá cosechar los frutos de toda esta siembra. Las capas castrenses influenciadas por las masas y por el partido revolucionario desarrollarán, tarde o temprano, una oposición política a la alta jerarquía, traduciendo así en el seno de las fuerzas armadas la lucha de clases que se desarrolla en el país.

El trabajo en el seno del ejército debe partir de las necesidades de la mayoría de sus componentes, de la lucha por la conquista de sus derechos políticos elementales y que puede concluir quebrantando la disciplina actual, que busca encadenar a la tropa e impedirle expresar libremente su voluntad. Los soldados y los clases son motivo de explotación inhumana por parte de la alta jerarquía castrense, que los alquilan para determinados trabajos como si fueran bestias o bien les hacen trabajar en actividades comerciales que benefician a determinados círculos cerrados de privilegiados.

En manos de la clase dominante, incapaz de estructurar un verdadero ejército profesional, el servicio militar obligatorio, se ha convertido en un mecanismo que denigra la condición humana de la juventud, en particular de la campesina, en beneficio de la alta jerarquía militar.

El POR plantea la necesidad de que las masas aprendan el manejo de las armas, y lucha porque se dé un trato humano a los soldados.

5

La insurrección es el momento culminante revolucionario de las masas se produce cuando el aparato estatal y, particularmente el ejército se desintegra, cuando las clases medias operan una profunda oscilación hacia la izquierda, cuando los campesinos y las capas más vastas de las masas explotadas se incorporan a la lucha. El momento de la insurrección se mide por días y por horas y no por meses o por años, debe ser detectado y señalado por el Partido, considerando que se trata de un fenómeno objetivo. En la insurrección la política obrera se traduce en lenguaje militar y debe ser considerada como un verdadero arte.

6

Los sindicatos pueden constituir un poderoso canal de movilización y, en nuestro país, esto está demostrado por todas las tradiciones del sindicalismo, conformado alrededor de documentos programáticos políticos, anticapitalistas y revolucionarios. Sin embargo, constituiría un gravísimo error considerar a los sindicatos como si fuesen revolucionarios por sí mismos o como si pudiesen sustituir al partido político en el momento insurreccional y después consolidar el poder obrero. La conducta revolucionaria o reaccionaria de los sindicatos es consecuencia de que el Partido Obrero Revolucionario haya logrado o no el control ideológico y político de los comandos sindicales y tenga organizados fuertes cuadros en las bases obreras. La actividad radical es parte de la política revolucionaria de la clase obrera, cuya máxima expresión es precisamente, el POR. No hablamos de un control burocrático o de la arbitraria imposición de dirigentes por parte del partido, sino de la dirección política del movimiento sindical.

7

La participación en la actividad electoral es posible únicamente cuando puede contribuir a ganar posiciones en el movimiento obrero, particularmente en los momentos de desbande de los trabajadores, en los períodos posteriores a derrotas o durante los, pasos iniciales del ascenso de masas; contrariamente, esa participación resulta contraproducente cuando los explotados se encaminan resueltamente hacia la insurrección, entonces las elecciones convocadas por el Poder Ejecutivo resultarán actos distraccionistas destinados a desviar a las masas de sus objetivos revolucionarios. Para el Partido Obrero Revolucionario la participación en el parlamento tiene sentido únicamente si éste va a ser convertido en trinchera revolucionaria, si va a contribuir a aglutinar, orientar y educar si a las masas, si esta actividad se va a subordinar a la acción directa de los explotados y oprimidos. Se participa en las elecciones para coadyuvar a las masas a superar las ilusiones democráticas.

8

La clase obrera se incorpora a la lucha desde una posición de extrema explotación, sin tener dominio sobre la economía y la cultura y ninguna práctica acerca del manejo del aparato estatal, vale decir instinto de poder. A medida que se acentúa la movilización de las masas, se suman a la lucha sectores muchos más vastos que los que se ven actuar en el marco sindical, son sectores hasta entonces muy atrasados e incultos. El mismo desarrollo del proceso revolucionario obliga a organizar a esta masa virgen, política y sindicalmente hablando; las viejas organizaciones laborales resultan muy estrechas y no funcionan como dirección de estas imponentes multitudes. Es entonces que nacen organizaciones elásticas, por encima de los prejuicios organizativos y aglutinando a masas de diversas clases (desde los sectores populares más diversos, pasando por los campesinos, hasta comprender virtualmente

a casi toda la clase obrera). De una manera natural estas organizaciones se convierten en la única autoridad para los explotados, sus órdenes y decisiones son las únicas leyes que rigen para ellos, se les consulta acerca de todos los problemas de la vida, en cierta medida se convierten en órganos de poder de las masas movilizadas, adoptan resoluciones al margen de la voluntad del gobierno central y del ordenamiento jurídico vigente, consultando solamente la voluntad e intereses de los explotados. Estos organismos no se limitan a deliberar o adoptar resoluciones, sino que tienden a ejecutarlas por sí mismos y su efectivización está en relación con el grado de movilización de las masas y con el empleo de la acción directa; podrán o no estar armados, podrán o no discutir y resolver el problema de la toma del poder político, pero son los gérmenes de la dictadura del proletariado. Este poder obrero, en constante evolución, entra en choque con el poder central que pugna por seguir imponiendo su voluntad en todo el ámbito nacional. Se trata de organizaciones soviéticas, que al plantear la dualidad de poderes no podrán menos que afrontar, tarde o temprano, la cuestión de qué clase social será la que monopolice el manejo del poder estatal. Esta situación no podrá prolongarse indefinidamente y tiene que resolverse en favor de la victoria de la revolución o del aplastamiento de las masas por parte de la reacción.

El Partido Obrero Revolucionario debe estar atento al surgimiento de órganos de poder, por muy incipientes que sean, para ayudarles ha estructurarse, a consolidarse y a crecer. En este sentido, las masas bolivianas tienen como punto de partida la rica experiencia adquirida a través de la Central Obrera Boliviana de la primera época y de la Asamblea Popular, órganos de poder, frentes antiimperialistas y organizaciones soviéticas, que permitieron la preeminencia del proletariado en el proceso revolucionario y actuaron como canales de movilización de las masas, orientándolas hacia la victoria de la revolución dirigida por la clase obrera.

No se trata de actuar con criterio ultimartista y obligar a las masas a reeditar tal o cual experiencia o a bautizar con determinado rótulo a las organizaciones que pudiesen crearse en el curso de la lucha, sino de que los explotados en su ascenso hacia el poder no pueden menos que crear con sus manos órganos de poder que son imprescindibles en esa marcha. Lo que el POR tiene que hacer es trabajar en el seno de esas organizaciones para darles un alto nivel político, esa es su misión y no otra.

Las enseñanzas de la Asamblea Popular, asimiladas gracias a la labor crítica realizada por el POR, han penetrado a la subconsciencia de las masas y están allí agazapadas hasta el momento político propicio, que será cuando vuelvan a ganar el primer plano y permitir a los explotados que su lucha se realice en óptimas condiciones para alcanzar la victoria.